

CAPÍTULO 4 BONDAD Y VIDA

4.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Debemos ahora dar un nuevo paso en nuestra reflexión. El mal, que produce la muerte (véase 2.8), destruye la relación cara a cara comunitaria de amor. Esa praxis de dominación instituye un orden «moral» que justifica el pecado: Babilonia. Ahora debemos observar la manera cómo emerge desde el Reino de *este mundo* el bien, la bondad ética, la santidad, el *don* del otro.

Leemos cada día en el periódico que hay actos de valentía: un niño salva a otro arrastrado por una corriente de agua; se funda un sindicato en defensa de sus asociados, un movimiento de liberación se organiza en África o Asia, gana un partido popular las elecciones, un país declara su independencia o alcanza su liberación. Todos estos hechos son praxis de bondad, de santidad.

Leemos en la Sagrada Escritura:

«Huesos calcinados, escuchad la palabra del Señor... Os injertaré tendones, os haré criar carne, tensaré sobre vosotros la piel y les infundiré espíritu para que revivan... Yo voy a abrir vuestros sepulcros, os voy a sacar de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os voy a llevar a la tierra de Israel... Infundiré mi espíritu sobre vosotros para que reviváis, os estableceré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago -oráculo del Señor-» (Ez 37, 4-14).

Nos toca entonces ver cómo Dios suscita la bondad ética, la santidad, entre los hombres y mujeres, desde las relaciones

«sociales» que institucionalizan el pecado. La irrupción de Dios en la historia no puede realizarse forzando la voluntad libre del hombre. Pero, por otra parte, el hombre no puede -sea cual fuere su heroicidad meritoria- forzar que el otro se le entregue, se le abra, establezca el cara a cara. El mutuo cara a cara significa que el otro libremente se propone como gratuidad absoluta.

4.2. CONCIENCIA ÉTICA Y LA VOZ DEL POBRE

La inversión del reino del mal comienza desde la ruptura que con dicho reino realiza aquel que puede escuchar la voz *del otro*. ¿Por qué el samaritano se compadeció y no el sacerdote ni el levita? ¿De dónde viene que «al verlo le dio lástima» (Lc 10,33)?

Si el sistema práctico de dominación, Babilonia, se constituye por todos aquellos que, habiendo negado el otro término de la relación cara a cara, se han constituido a sí mismos como los señores del otro, la destrucción del reino del mal comienza cuando alguien reconstituye la relación con el otro como cara a cara. Esto es lo que hizo el samaritano: *constituyó al pobre* medio muerto, robado y tirado en el camino, de un posible peligro (y por esto quizá, egoístamente, el sacerdote y el levita lo evitaron) en persona, en lo digno de ser servido, *en el otro*, en el prójimo.

Claro es que, para poder *constituir* a la mera «cosa» tirada en el camino como «otro» era necesario antes «oír la voz del otro» que clamaba: «¡Ayúdame!», «¡Tengo hambre!» Pero, exactamente, «oír la voz del otro» es tener conciencia ética. En la Biblia el signo supremo de bondad es tener «un corazón que sepa *escuchar*» (1 Re 5,9). El Señor «cada día despierta mis oídos para que oiga como discípulo) (Is 50,4). «Guarda silencio, Israel, y escucha» (Dt 27,9). En este caso la *conciencia* no es tanto un aplicar los principios al caso concreto, sino un oír, escuchar la voz que me interpela desde la exterioridad, desde más allá del horizonte del sistema: el pobre que clama justicia desde su derecho *absoluto*, santo, de la persona en cuanto tal.

Conciencia *ética* (muy distinta que la moral) (véase 3.8) es

el saber «abrirse» al otro y tomarlo a cargo (re-sponsabilidad) por el otro ante el sistema.

4.3. CONVERSIÓN

Claro que el escuchar la voz del otro es ya un don. ¿Por qué unos oyen la voz del otro y otros permanecen insensibles, con sus oídos cerrados, totalizados en su fetichismo?

Es el otro en su grito, en su clamor, en su dolor, el que nos *pro-voca* (nos llama desde delante), nos *con-voca* (nos llama hacia él en su ayuda), nos interpela (un exigir explicaciones por un hecho, citar o llamar testigos ante la realidad de su pobreza). De pronto se nos aparece como quien tiene derechos, y nosotros somos los culpables de su mal, como teniendo el deber de servirlo, como habiendo sido atrapados por la responsabilidad de su salvación, de su felicidad, de su salud, de su consumo. El cobrar conciencia de nuestra «culpa» del mal ajeno, nuestra «culpa» de su infelicidad, desde la escucha de su voz, es el origen de la conversión.

Convertirse, la *metánoia* (el cambio de vida desde el arrepentimiento; Mt 3,3-8), es una ruptura con Babilonia, con la relación «social» vigente que nos atrapaba. Por ello, «si uno no nace de *nuevo*, no podrá gozar del reino de Dios» (Jn 3,3). Esa ruptura y ese encontrar al otro es un *don*: «El Espíritu sopla donde quiere» (Jn 3,8). La irrupción del Espíritu que consagra (Is 61,1), el bautismo como don de Dios que nos asume en la comunidad, la gracia que no puede ser merecida, la justificación como gratuidad, todo ello nos indica que el otro viene hacia nosotros *desde sí*, desde su libre voluntad.

La bondad, la santidad, irrumpe como ruptura, como violencia, como cambio doloroso de vida. Moisés era el hijo del faraón; Jeremías gozaba de los privilegios de las familias sacerdotales. La conversión es experimentada como aquel desgarrador: «¡Maldito el día en que nací!»

4.4. LA «ALIANZA»

En realidad, no es la persona la que da el primer paso. Dios es el que llama primero a través del pobre. La «conversión» hay que pensarla desde el otro; pero, además, en comunidad. Es la incorporación en la «alianza» a un proceso histórico.

Por ello dijo el Señor a Abrahán: «Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo... Abrahán marchó, como le había dicho el Señor» (Gén 12,1-4). El acto de «salir» de la *primera* tierra es la praxis por la que se trasciende el orden antiguo, el sistema «moral» de Babilonia. Pero el «salir» es posible porque Dios establece una «alianza» con el que sale, el primero de muchos, el primero de un pueblo (Rom 5,15-19).

La alianza, como su contenido cotidiano lo indica, es el encuentro de muchas voluntades en vista de un fin, de un proyecto estratégico. Pero la alianza se diferencia de una orden o mandato en que todos son socios, partes iguales, «comunidad». La alianza es la reconstitución de la «comunidad» negada por el pecado; es el reino de Dios que comienza poco a poco, entre los primeros, entre el pequeño «resto», la pequeña comunidad.

La ruptura con la «carne», con el «mundo», es reunión, encuentro, solidaridad entre los que originan un nuevo orden de servicio, de justicia, de amistad mutua. *Diathéke* en el griego del Nuevo Testamento (*brit* en hebreo) indica el pacto firmado sobre la sangre (Lc 22,20; Am 1,9); pero «pacto de paz» (Ez 34,25) para el bien de la comunidad. Es el «Emmanuel»: «Dios con nosotros», entre nosotros, como un igual, el que guardará fidelidad a su Palabra empeñada. Dará seguridad al derecho adquirido; siendo así, los aliados son «adoptados como hijos» (Rom 9,4).

4.5. LA BONDAD COMO SERVICIO

El que «ha nacido de nuevo», se ha convertido, es «aliado» de Dios, realiza la obra, la praxis bondadosa: el bien, lo santo.

¿En qué consiste esencial y fundamentalmente la praxis buena, santa, ética?

Si lo propio del príncipe de este mundo es el dominar, el ejercer el poder, la praxis ética es exactamente lo contrario, ya que «este Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir (*diakonésai*) ya dar la vida en rescate de la multitud (*pollón*)» (Mt 20,28). «Servir» (10 propio del *diácono*) se dice en hebreo «*habodáh*»: trabajo, servicio, la acción propia del «trabajador» o «siervo» (*hebed*) de Dios (Is 53,10-12).

El servicio se realiza con respecto al otro término de la relación cara a cara, con respecto al pobre, comunitariamente. Esa comunidad potencial, posible, futura, objeto del servicio del éticamente justo, se denomina en la Biblia «multitud» (*hoi polloi* en griego, *rabím* en hebreo). Indica un número indefinido de pobres que no son todavía «pueblo», porque falta justamente la tarea de pastoreo, de conducción del justo, del profeta, del «servidor de Yavé». Esos «muchos» fuera de los derechos del sistema, en la exterioridad aún de la clase social, son el objeto especial del hombre bueno, santo, de la praxis de justicia, de bondad, de santidad, de amor al otro como otro. La bondad «personal» es la praxis misma por la que se lucha, hasta dar la vida, por la realización del otro.

Si la conversión fue ruptura con el sistema, con el mundo, con la totalidad, el servicio al pobre es ahora lucha explícita, real, práctica. Servir al otro es negar la dominación; es una praxis que contradice la legalidad establecida, las estructuras vigentes; es trabajar desde un proyecto de liberación que trasciende el del orden presente que domina al pobre. Si el mundo odia al justo, éste no puede sino luchar contra Satanás.

4.6. LA BONDAD «COMUNITARIA»

Pero la bondad ética o santidad personal es abstracta. *En concreto*, la bondad es comunitaria, histórica, institucionalizada igualmente.

El que sirve al otro, el que rompe la estructura del sistema de la carne para solidarizarse con el otro, puede hacer esto

porque el Señor antes ha firmado con él una alianza. Pero ser parte de una alianza es formar parte de la «comunidad». La «comunidad de la alianza» es denominada en la Biblia por el Señor «mi pueblo». El «pueblo» (Dt 4,34; Ex 7,5; Lc 1,17; 1 Cor 10,18) (véanse 8.5-8.7), que, sin embargo, puede traicionar a su Dios «Llámalo "no mi pueblo", porque vosotros no sois mi pueblo y yo no estoy con vosotros» (Os 1,9), es precisamente la *categoría teológica* -además de la realidad histórica objetiva- que expresa la presencia en el mundo, en la historia de la santidad o bondad como comunidad, como institución (véase 2.5), pero aquí con sentido positivo.

La «pequeña comunidad», la «comunidad eclesial de base», la «asociación de hombres libres», todas estas expresiones o realidades indican el ámbito institucional donde la «relación» persona-persona, como cara a cara en el amor, ha sido reconstituida. De esta manera el bien no es sólo la buena voluntad de una persona, ni siquiera el acto aislado y personal de alguien bondadoso, no.

Ahora es también una «comunidad» que tiene consistencia real, empírica, sociológica. No es la santidad; son «los santos de Jerusalén». Ella puede tener una estrategia, una táctica, misterios, funciones, resistencia concreta. Como tal es una «comunidad» *utópica*; con esto queremos indicar que «no tiene lugar» en el sistema (*ouk-tópos*). Desde «fuera» del mundo, de la carne, del sistema, puede -desde su solidaridad real- cumplir la función crítico-liberadora y servicial concreta al *pobre*, al *pueblo*. Es dicha comunidad profética la que constituye a la «multitud» como «pueblo», al «pobre» como sujeto histórico.

4.7. LA «HERENCIA» DEL BIEN

Si la permanencia en el tiempo del mal es institucional, a través de las relaciones «sociales» de dominación heredadas, de manera análoga, el *don* del Señor, la gratuidad de su alianza atraviesa el tiempo gracias a la «comunidad», a «su pueblo», fundado en la permanencia de su promesa, de su Palabra fiel.

Hay también una herencia del bien, pero no surge de

la subjetividad solamente. «Esta es la herencia (*najalát* en hebreo) de los siervos de Yavé : Yo soy su justificador» (Is 54,17). La palabra «justificar», hacer pasar por justo, dar una amnistía, viene del hebreo *tsadakáh* (inocencia, justicia, bondad, santidad). En san Pablo la «justificación» (*dikaíosýne*, Rom 1,18ss) es una realidad que no procede de la ley (Gál 3,21), es decir, de la «moral social» vigente, sino de Dios, previo perdón o amnistía del mismo Señor (Rom 4,7).

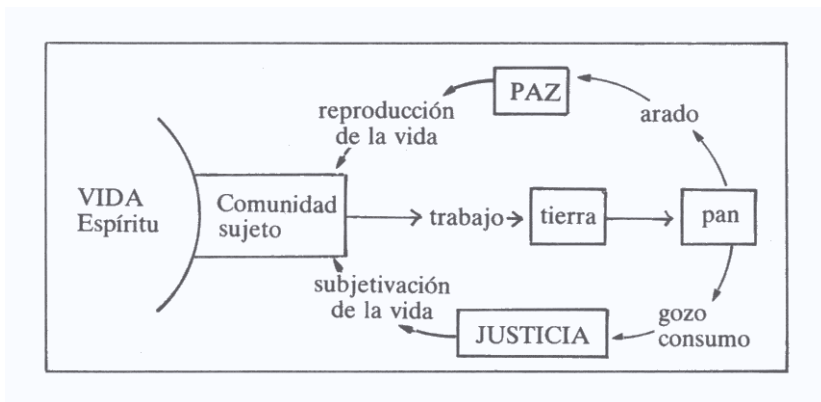
La presencia del Señor en la comunidad por la alianza, institucionaliza históricamente su relación. «Así también el don (la gracia) se hace Reino (*basileýse*) por medio de la justificación» (Rom 5,21). El servidor, el convertido, la comunidad, se apoya en la promesa de Dios: «La promesa que aseguré a David, a él le hice testigo ante los pueblos» (Is 55,3-4). Historificada la relación, se puede comunicar en el tiempo: «Tus hijos serán discípulos del Señor» (Is 54,13). Es decir, nacen -como en el caso contrario del pecado originario- en la comunidad de la alianza, en la relación *comunitaria* que los acoge en su seno.

La relación restablecida, que no es «natural», sino comunitaria, histórica, don del Espíritu en el pasar por el agua de la purificación y la penitencia, el cara a cara, es un *encuentro*. El justo se dirige, por su praxis comunitaria del servicio al pobre, hacia un Dios que viene hacia él como santidad, justificador, perdón.

4.8. LA «VIDA» RECONQUISTADA

Si por el pecado entró la muerte en el mundo, por el encuentro con Dios se derrama la *vida* en el mundo. La teología de la liberación es una teología de la *vida* contra la muerte.

En la comunidad, los justos comparten el pan. Lo producen, lo reparten, lo distribuyen, no hay necesitados: viven.



Leemos que <<el Espíritu tiende a la vida... El Espíritu es vida..., el mismo que resucitó al Mesías dará también vida a sus seres mortales>> (Rom 8,6-11). <<Haré con ellos alianza de paz..., acamparán seguros en el desierto... Sabrán que yo soy su Señor cuando haga saltar las coyunturas de su yugo y los libere del poder de los tiranos>> (Ez 34,25-29). Y esta resurrección a la vida, que será igualmente resurrección al fin de los tiempos, es hoy donación de vida por la nueva *relación comunitaria* del mutuo servicio en la amistad del cara a cara.

El *sujeto* de esta resurrección a la vida, de este recibir la vida, es el pueblo de Dios en comunidad, «carne resucitada» a la vida de la nueva alianza, al nuevo sistema de justicia que deja atrás el Egipto opresor que producía la muerte -fruto del pecado-. Si el pecado era la dominación, y por la dominación el «rico» desposeía al pobre de su trabajo, por el servicio mutuo de bondad el fruto del trabajo de todos vivifica a los demás. «De las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas» (Is 2,4).

4.9. LOS POBRES SON SATISFECHOS

La riqueza es buena; es creación de Dios y producción del hombre. El mal es *acumulación* de riqueza, produciendo la pobreza en el otro; pero la riqueza en sí es aquello de lo que el Señor dice: «y era *muy bueno*» (Gén 1,31) (véase 18.3).

El fruto del bien, de la santidad, es la vida. «Dichosos...,

porque de ellos es el reino de Dios» (Mt 5,3). El Reino, una vez más, es realización. «Dichosos..., porque recibirán consuelo, ... heredarán la tierra, ...serán satisfechos, ...recibirán ayuda, ...estarán cara a cara con Dios [en «comunidad»], ... serán hijos suyos» (Mt 5,4-9). Todas estas positividades, afirmaciones, goces, son el Reino que «ya» comienza para el que es pobre. La riqueza ahora compartida es el bien que niega y supera la antigua pobreza.

El comer es un acto material, biológico. Comen los animales cuando tienen hambre. El dar de comer al hambriento, en la historia, en la realidad humana de las estructuras sociales, no es un mero acto material, animal, biológico. Como el «hambre» del otro es fruto del pecado, de un acto satánico, del mal, es entonces un momento del «Reino de *este mundo*». El odio contra Satán, la lucha contra la estructura de «este mundo», contra el pecado, es un acto «espiritual» -un acto inspirado por el espíritu que mueve a los profetas y al pueblo a la construcción del Reino-.

Dar de comer al hambriento, el comer mismo del hambriento en la historia, es un acto «espiritual» -no es meramente «material»-, porque es un acto de servicio, de diaconía, de amor, *de riesgo* contra el sistema. «Dichosos los perseguidos por luchar por la justicia..., porque lo mismo persiguieron a los profetas que les han precedido» (Mt 5,10-12).

4.10. EL REINO DEL «SERVIDOR»

El Reino y la comunidad no pueden organizarse como Estado, mediante leyes coactivas, policías que cuiden su cumplimiento, ejércitos que por la coacción imperen sobre la voluntad del otro despóticamente, por la fuerza de las armas (véase 15.9) (instrumentos que producen por fruto la muerte, como la espada, y no el arado). Decía Agustín que «Caín construyó su ciudad; Abel nunca construyó la suya».

El Reino, la comunidad, crece lentamente, por el cara a cara cotidiano, sencillo, paciente, ético, fiel. Su método no es el del político, de dominación, si por político se entiende la técnica de realizar la coacción del Estado (véase 9.8).

El Reino y la comunidad la construye el «servidor»: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo... Sobre él he puesto mi Espíritu, para que promueva la justicia en las naciones. No gritará, no clamará...» (Is 42,1-2). Entre las estructuras del mal irrumpe el Reino; su metodología no puede ser la del «reino de este mundo». Es la metodología inequívoca de la bondad, la santidad, el bien: el testimonio (*martys*: mártir) de la utopía de justicia, la praxis de servicio, el amor de justicia en el cara a cara, mueve, convierte, alienta... (véase 9).

El Reino del «servidor» (Mt 12,17-21; 20,28) no es un reino de coacción, no es una sociedad de dominadores y ni siquiera una asociación de mutua ayuda en el egoísmo del bien común de los miembros -con exclusión del resto-. No. Es una comunidad de servicio abierta al otro: el pueblo mismo servidor del futuro.

Conclusiones

El bien irrumpe en medio de las estructuras del pecado. Es el oír la voz del pobre que exclama: «¡Tengo hambre!»; el origen o la condición de posibilidad de la bondad, de la santidad. El tomar al otro a cargo como responsable es la conversión, que se concreta inmediatamente como una «alianza» con el Señor. Los «aliados» del Reino «sirven», hacen justicia con los oprimidos. El sujeto del servicio es el pueblo mismo, que suscita en su seno, como por una «herencia» de gracia donada, el bien entre sus miembros, sus hijos, los hijos del Padre. De esta manera los pobres comen; su satisfacción es la vida reconquistada como fruto de la praxis bondadosa, de justicia. Crece así, en medio de *este mundo*, un nuevo Reino, el Reino de aquellos que con el «servidor de Yavé» instauran la «comunidad» de amor, de servicio, de santidad.

La comunidad podría ahora preguntarse, para repasar lo que hemos avanzado:

¿Qué es la «conciencia ética»?

¿En qué consiste la «conversión» y la «alianza» de paz?

¿Por qué el «servicio» se opone a la «dominación) o pecado?

¿Cómo se hereda el bien en la comunidad?

¿De qué manera puede explicarse la relación entre vida y pobreza superada, negada, transformada en satisfacción?

¿Qué puedes decir del «servidor» en *Isaías*?

¿Por qué la comunidad de los que siguen al «siervo» no puede reprimir, obligar, dominar para expandir el reino de Dios?